

Mariátegui: cincuenta años de actualidad

El próximo miércoles 16, nuestra clase obrera, los pueblos del Perú y de América y todos aquellos que luchan por la revolución socialista conmemoramos el cincuentenario de la desaparición física de José Carlos Mariátegui, el peruano más ilustre e importante de la historia. Como homenaje a él, MARKA inicia hoy la publicación de una serie de artículos que estudian diversos aspectos de la obra del Amauta.

Treinta y cinco años

por Alberto Flores Galindo

Múltiples tareas requirieron el esfuerzo de Mariátegui en los últimos años de su vida: la dirección de **Amauta** y de **Labor**, el establecimiento de una librería y de una editorial, la publicación de dos libros y la preparación de otros, la organización del partido y de la central sindical del joven proletariado peruano y la casi cotidiana redacción de artículos periodísticos indispensables no sólo para la difusión de sus ideas sino también para el sustento de una frágil economía familiar: precisamente mediante estos artículos fueron elaborándose, desde 1925, los **7 Ensayos**.

A la enumeración anterior es preciso sumar las conversaciones con intelectuales y dirigentes populares que tenían lugar todos los días en ese ámbito de su casa conocido como el "rincón rojo", la lectura cuidadosa de libros y periódicos que le permitían seguir con precisión acontecimientos como la revolución mexicana, la vida intelectual europea, la crisis de Occidente, el levantamiento del Asia... El asombro que ello nos suscita es mayor si recordamos las dolencias y la invalidez que atormentan esos últimos años de Mariátegui.

La obra de Mariátegui no podía ser, a diferencia de los libros de José de la Riva-Agüero, el producto de pacientes reflexiones o de eruditas pesquisas en bibliotecas. Era —como lo ha subrayado Guillermo Nugent— la obra de un periodista: nacía de los acontecimientos inmediatos, confundida con la coyuntura en la medida en que casi siempre era consecuencia de algún debate o del enfrentamiento polémico con otras ideas. No pudo ser tampoco el resultado de un plan previo como el que elabora un académico próximo a sustentar una tesis o ansioso de escribir un gran libro, porque no tuvo el tiempo ni la tranquilidad necesarios; tampoco lamentó esta

carencia, interesado más en la acogida del público que en la perfección de una idea. En esa medida, sus escritos traslucen una situación colectiva, con mayor nitidez que en otros autores: la vida intelectual peruana de la década de 1920 o, en términos más generales, la lucha de clases durante ese período, que lo obligó a incidir en ciertos temas y descuidar otros.

De esa vinculación tan estrecha con la vida cotidiana nace la perenne vitalidad de los textos mariateguistas. No existe —en sentido estricto— la obra cerrada y definitiva: la de Mariátegui, menos que cualquier otra; no sólo por la forma como fue ejecutada sino también por la muerte prematura que vino a interrumpirla bruscamente, a una edad en la que todavía es lícito esperar las mejores páginas de un autor: cuando apenas tenía treinta y cinco años. "No debería olvidarse", recuerda con insistencia Jorge Basadre, "que murió a los 35 años de edad". Era una biografía que por lo tanto reclamaba discípulos, continuadores, pero a la postre acabó teniendo detractores como Eudocio Ravines o Manuel Cox en la década del 30, ó simples glosadores interesados en mostrar la confluencia entre Mariátegui y alguna línea internacional, como Jorge del Prado en la década siguiente (Cfr. **Mariátegui y su obra**, Lima, 1946).

El octavo ensayo

Pero en el panorama anterior pueden encontrarse algunas excepciones. Viene a la memoria Esteban Pavletich, quien en 1929, reseñando la publicación de los **7 Ensayos**, demandó la necesidad de redondearlos y completarlos añadiéndoles otros, que a su parecer era imperativo e indispensable: el papel desempeñado por el imperialismo en la conformación de la economía peruana; actualmente nos referiríamos en términos más amplios al problema de la dependencia. Pero para Pavletich no se trataba de la simple adición de un tema en la medida en que consideraba que "a un pueblo semicolonial como lo es el peruano, no

puede estudiarse abstrayéndose de sus relaciones primarias con la metrópoli".

Mariátegui se había referido al problema del imperialismo tanto en los **7 Ensayos** como en otras ocasiones (al tratar de Nicaragua o de Colombia), pero el que no le dedicara un estudio específico —como en cierta manera lo hacían personajes tan diferentes como Ravines, Haya o Basadre—, debe pensarse vinculado al menor peso que en el conjunto de sus escritos tuvieron los problemas económicos en relación a los temas ideológicos y literarios. Era otra concesión a una época dominada por el historicismo y la literatura, como puede ilustrarse en los primeros escritos de Basadre, Porras o Sánchez, sus compañeros de generación. Pero, además, ocuparse de esos temas culturales era una tarea indispensable.

Mariátegui rechazó el culto estéril por lo se realiza en su continuación.



ble para un autor que debía crearse un espacio intelectual propio a partir de una crítica de la cultura precedente. En todo caso y más allá de las explicaciones posibles, el artículo de Pavletich desempeñaba la saludable función de indicar que la obra de Mariátegui no estaba cerrada y por eso titulaba a su reseña, "7 Ensayos en busca de una realización".

La alternativa.

En los 7 Ensayos se procede, como su mismo título lo indica, al análisis de una realidad en el que se relievarán ciertos temas después desatendidos por la crítica marxista peruana: pienso, por ejemplo, en los problemas regionales (sólo atendidos por Emilio Romero y recientemente por Francisco Durand y Baltazar Caravedo), en el factor religioso, tema ahora absolutamente ausente de las ciencias sociales o en la trayectoria de la educación pública.

Peró el conjunto de los 7 Ensayos requería ser prolongado en un libro donde se planteara de manera nítida la alternativa frente a esa realidad, la propuesta ante el fracaso de la "república aristocrática". No era suficiente con enarbolar el socialismo. Para un hombre que pen-

saba en términos tan concretos como Mariátegui, era indispensable indicar qué tipo de socialismo, cómo construirlo, y la respuesta a estas cuestiones no podía ser resultado de una "aplicación" del pensamiento de Marx, sino consecuencia del razonamiento de la historia política de este país. A diferencia de los 7 Ensayos, habría sido un libro que no podía, en sus elementos centrales, ser publicado previamente, porque su tema no era amoldable a publicaciones como *Varietades* o *Mundial*. En parte las ideas fueron esbozadas en las comunicaciones enviadas a la conferencia sindical de Montevideo (1928) y a la conferencia comunista de Buenos Aires (1929), recogidas mucho después en *Ideología y política*, pero al parecer lo fundamental de ese texto acabó perdiéndose cuando Mariátegui lo envió a España para su edición. Allí estaba su alternativa frente a ese Perú diseñado por Francisco García Calderón y su requisitoria a los planteamientos de Haya de la Torre y el aprismo, y probablemente estarían sentadas sus diferencias con la III Internacional. El propio Mariátegui, en una carta dirigida a Moisés Arroyo Posada el 30 de julio de 1929, anunciaba que allí desmentía completamente a quienes lo acusaban de "teorizante y europeísta".

Balance y liquidación del Oncenio.

Otra ausencia en Mariátegui es el análisis de coyuntura: faltaba desmontar los mecanismos que hicieron posible al prolongado régimen leguista como lo intentarían después Jorge Basadre (1931) o Abelardo Solís (1934). Pero estos textos fueron escritos "a posteriori", luego de producido el derrumbe del Oncenio. Es indudable que un análisis similar era difícil de ejecutar en pleno apogeo de Leguía y hubiera sido imposible de publicar durante un período que recortó o anuló a la prensa independiente, y menos en revistas como *Varietades* o *Mundial*, adictas a Leguía.

Mariátegui, por otro lado, no pensaba a la política peruana en términos de un cambio de gobierno. La preocupación por la coyuntura fue postergada hacia el interior de una obra que fue estructurándose en torno al proyecto de cambiar a la sociedad peruana como totalidad, lo que exigía comprender tanto al país del presente como del pasado. Por otro lado Mariátegui se cuidó siempre de no provocar a la represión leguista (el exilio hubiera imposibilitado su obra), no obstante lo cual tuvo que soportar en los febriles años finales de su vida, persecución, confinamiento domiciliario, el requisamiento de *Amauta* e impedimentos contra *Labor*.

Nada de esto significa que Mariátegui careciera de una imagen del Oncenio. En cierta manera tenía una visión más elaborada y clara que la mostrada por Ha-

ya de la Torre en *Por la emancipación de América Latina*. En efecto, mientras Haya no podía hacer mayor diferencia entre el Oncenio y el civilismo, porque ambos obedecerían por igual a los dictados del gamonalismo, para Mariátegui el régimen de Leguía representaba el ambicioso proyecto de impulsar el capitalismo desde el Estado y en alianza directa con el capital imperialista, de manera que el Oncenio relegaba las reclamaciones de tipo "democrático burgués" y obligaba a plantear la alternativa socialista. Estas dos visiones eran coherentes con la caracterización que ambos autores hacían de la clase dominante peruana: mientras para Haya se trataba de un bloque reducido, compacto y sin fisuras al que indistintamente llamaba civilistas o gamonales, para Mariátegui era preciso distinguir por lo menos entre esos terratenientes tradicionales del interior y los modernizantes hacendados de la costa norte.

Respondiendo a un cuestionario elaborado por la revista *La Sierra* (1929), Mariátegui insistió en la necesidad de estudiar los cambios experimentados por la sociedad peruana durante esos años y llamó la atención sobre la figura del Ing. Soutton, responsable de los proyectos de irrigación en Lambayeque, en cuya biografía podía ilustrarse esa articulación entre el Estado y el capital imperialista. Soutton era, de acuerdo con Mariátegui, el equivalente en el siglo XX de Meiggs, otro "yankee Pizarro".

Una muerte prematura

Es habitual en nuestro medio criticar a un autor por las omisiones y las ausencias que se constatan en su obra. Se cometería una grave injusticia si se toman como reproches las líneas anteriores. Su finalidad es rebelarse contra esa imagen acartonada de José Carlos Mariátegui que ha pretendido transformar sus escritos en textos bíblicos sólo destinados a la veneración, privados así de su fuerza creadora y su capacidad de desafío para las generaciones posteriores. Así como resulta criticable que el marxismo occidental (en la versión de Althusser o Lipporini) haya devenido glosas y comentarios a pie de página de los escritos de Marx, en una especie de metamarxismo, de igual manera sería criticable condenar al marxismo peruano a una repetición de los 7 Ensayos. Han transcurrido cincuenta años, lo que significa que hay nuevos problemas y nuevos instrumentos para el estudio de la realidad nacional; pero, además, hay que recordar que la obra de Mariátegui, nunca aspiró a la perfección. Fue hecha al compás de las circunstancias esperando que otros tiempos sirvieran para prolongarla, ampliarla o modificarla, por un autor que lamentablemente murió cuando apenas iniciaba su madurez: a los treinta y cinco años.

La suya es "obra abierta" que

